
Nicaragua y la guerra civil española: la hispanidad como propuesta de salvación¹

Olga Muñoz Carrasco

Saint Louis University (Madrid Campus)

LA ZOZOBRA que Pablo Antonio Cuadra confiesa sentir ante el panorama de la guerra civil española y sus consecuencias entraña un cuestionamiento básico de la función de la hispanidad en el horizonte político y cultural del siglo xx. La pregunta por el destino de España y de la América hispana, único, resulta para el poeta nicaragüense de una pertinencia absoluta: ¿está la hispanidad, abocada según él ineludiblemente a ofrecer una solución cristiana integral, realmente produciéndola? (Cuadra, *La hispanidad* 12). Pablo Antonio Cuadra articula, desde el punto de partida del conflicto español, un pormenorizado concepto de lo hispano que canaliza y avala teóricamente la defensa del frente nacionalista español desde Nicaragua, toma de postura en la que muchos intelectuales del país se vieron involucrados.

Réplicas en la distancia

Al igual que en otros países hispanoamericanos, en territorio nicaragüense se registran desde el comienzo de la guerra civil española tanto adhesiones al bando republicano como al nacionalista. Las condiciones en que se plasman dichas lealtades, en cualquier caso, distan de ser similares: el apoyo oficial a los sublevados por parte de quien ocupaba

1. Este trabajo se ha escrito en el marco del proyecto I+D *El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica*, financiado actualmente por el Ministerio de Economía y Competitividad (FFI2011-28618).

la presidencia al comienzo de la contienda, Carlos Brenes Jarquín, dio un mayor impulso y visibilidad a la posición conservadora. El temprano reconocimiento del gobierno de la Junta de Burgos escenificó bien pronto este respaldo. No es de extrañar, por tanto, que se denegara en 1938 la aprobación de los estatutos que buscaban fundar el Centro Español y de Amigos de España, iniciativa promovida por nicaragüenses prorropublicanos y por los pocos españoles izquierdistas residentes en Nicaragua –diez de unos escasos ochenta en total, según los cálculos del estudioso Luis-Alfredo Lobato Blanco–. Y aunque para entonces ya se encontraba el dictador Anastasio Somoza García instalado en el poder, en nada había cambiado la postura oficial con respecto a España (Lobato 231-233).

En contraposición a ese malogrado Centro Español Republicano, la Librería Hispanoamericana se había fundado en octubre de 1936 con la intención de aglutinar a los españoles y nicaragüenses simpatizantes de la causa nacionalista. Otras actividades tradujeron igualmente este apoyo, como puede comprobarse en la formación, en marzo de 1937, del Comité de Socorro Pro Huérfanos Españoles. Esta tendencia redundó en un aumento de la presencia de los Camisas Azules –formación fascista en la línea de los Camisas Negras italianos y la Falange– y en un incremento de sus actividades (Lobato 231-232). Pablo Antonio Cuadra rastrea en sus ensayos el nacimiento de la Falange y se refiere a su expansión por Hispanoamérica como una prueba más del movimiento que al unísono van desarrollando ambas orillas de lo hispano:

Vosotros, amigos, debéis saber que en aquellos tiempos (ya casi históricos) de la fundación de la Falange, surgían también en América movimientos, grupos y cenáculos juveniles –de tipo nacionalista–, que descubriendo de algún modo las esencias de la Patria, se movían y alineaban para su recuperación y reconquista, unos en la política, otros en las letras y en la cultura y otros aún en la opaca y lenta pero eficaz labor histórica. (Cuadra, *Sobre la hispanidad* 6)

A pesar de la fuerza de estas manifestaciones, el apoyo a la República española, minoritario en comparación, contó con sus propios baluartes: publicaciones antifascistas como *Flecha*, *La Noticia* o *La Estrella de*

Nicaragua; comités prorrepúblicanos, o incluso la docena de voluntarios nicaragüenses que, según Gerold Gino Baumann, se incorporaron a las filas de las Brigadas Internacionales. En este sentido, resulta imprescindible revelar la significativa conexión y continuidad que Lobato Blanco establece entre la participación en la lucha sandinista en su etapa antiintervencionista y la adhesión a la causa republicana (232-235).

Frente a los núcleos ideológicos mencionados se alzaban *La Prensa* o *El Correo*, publicaciones periódicas de Granada que daban cuenta de la generalizada ideología conservadora que dicha ciudad exhibía en contraposición a León, bastión de la izquierda nicaragüense. Los diarios recogieron no solo las noticias sobre la contienda, sino también las polémicas en que se vieron envueltos algunos de los intelectuales destacados del país. Una de las más sonadas tuvo lugar con la publicación en *La Prensa* del «Manifiesto de la juventud y de la intelectualidad nicaragüense a favor de la Revolución Nacional Española», firmado en Nicaragua el 1 de agosto de 1936. Por oposición, dos años después vería la luz «A los intelectuales españoles», ratificado por cincuenta y seis firmas en defensa de la República española y publicado en *Repertorio Americano* el 26 de febrero de 1938 (Lobato 229).

En las primeras líneas del *Manifiesto en favor de la Revolución española* se asegura que Nicaragua: «fiel a la tradición y al destino de la América hispana, afirma la maternidad española de su cultura y civilización» (*Manifiesto*). Se repiten en estas palabras algunas nociones que son comunes a la respuesta que otros países hispanoamericanos dieron a la guerra española, a saber, la recuperación de España vista como madre patria o la exigencia de fidelidad a la tradición. Mario Oliva Medina señala que Pablo Antonio Cuadra probablemente participara en la redacción del texto en apoyo a los sublevados, aseveración que basa, en parte, en el hecho de que el poeta granadino publicó un artículo de temática muy similar titulado «En defensa del *Manifiesto* hispano, a propósito de un ataque aparecido en el diario *La Noticia*» (Oliva 79). Sea como fuere, el *Manifiesto* se convierte en el receptáculo de la respuesta nicaragüense más reaccionaria, como puede comprobarse con la lectura de alguno de los fragmentos:

La lucha que hoy conmueve a España no la consideramos como una lucha civil. Moralmente se está resolviendo —como otro día se resolvió en Lepanto— la suerte de la Civilización de Occidente a la cual debemos nuestra vida y nuestra cultura nacional. La victoria de la España grande y eterna puede significar el primer toque de retirada del avance moscovita, como su derrota la inevitable irrupción en nuestro suelo latinoamericano del marxismo internacional judaico-soviético. Así pues: como nicaragüenses y como hispanoamericanos tenemos comprometida la seguridad de nuestro futuro en la actual guerra santa de España. (*Manifiesto*)

La mención de la «guerra santa de España» aúna el presente con el pasado imperial, conjunción explícita durante todo el *Manifiesto* que desemboca en la correspondencia entre las amenazas de la «media luna asiática» y de la «hoz comunista», como se recoge unos párrafos antes. De hecho, la presunta destrucción que los partidarios del Frente Popular provocaron durante la República da derecho, según reza el *Manifiesto*, a la rebeldía del verdadero pueblo español, pues la misión radica en salvar a «la grande, verdadera y eterna España, brazo de la Cristiandad». No muy distintos de estos son los cimientos ideológicos sobre los que Pablo Antonio Cuadra despliega sus reflexiones acerca de la hispanidad, objetivo hacia el que resulta fácil deslizarse partiendo del «Manifiesto de la juventud y de la intelectualidad nicaragüense a favor de la Revolución Nacional Española».

A orillas de la hispanidad

La *Defensa de la hispanidad* de Ramiro de Maeztu, publicada en 1934, gozó de una repercusión notable a ambos lados del Atlántico: en seis meses aparecieron dos ediciones de la obra. Basado en los artículos que el autor escribiera en la revista *Acción Española*, este ensayo llegó a convertirse en un eslabón crucial en la configuración del nacionalismo conservador español e hispanoamericano.

Precisamente Hispanoamérica se hallaba en el origen del concepto de hispanidad del autor español, quien en su etapa de embajador en Argentina había recibido gran influencia del padre Zacarías Vizcarra. A

este religioso vasco afincado en Buenos Aires llegó Maeztu a atribuirle la paternidad del término «hispanidad», si bien, como señala Pedro Carlos González Cuevas, el primero en utilizarlo fue Miguel de Unamuno. Pero el escritor salmantino había incidido en el factor lingüístico más que en el religioso (González Cuevas 117), lo que entroncaría con el pensamiento, entre otros, de Rufino Blanco Fombona y la necesidad por él subrayada de una causa común en relación con la lengua y literatura en español (Reyes Matheus 134). En el caso de Maeztu, el eje que sostiene la hispanidad es sin duda alguna la religión: partiendo de la conversión de la monarquía visigoda simbolizada por Recaredo en el año 587, el catolicismo queda afianzado con el descubrimiento de América y adquiere finalmente su vocación moral universal en el siglo XVI:

Saturados de lecturas extranjeras, volvemos a mirar con ojos nuevos la obra de la hispanidad y apenas conseguimos abarcar su grandeza. Al descubrir las rutas marítimas de Oriente y Occidente, hizo la unidad física del mundo; al hacer prevalecer en Trento el dogma que asegura a todos los hombres la posibilidad de salvación, y por tanto de progreso, constituyó la unidad de medida necesaria para que pueda hablarse con fundamento de la unidad moral del género humano. (Maeztu 32)

Pablo Antonio Cuadra recoge el legado de Maeztu y va integrándolo en la realidad nicaragüense del momento, marcada por la influencia de la intervención estadounidense del país y el enaltecimiento de lo nacional. De ahí la diferencia que el poeta anota al final de la siguiente cita, perteneciente a *La hispanidad y los anhelos de América* (conferencia pronunciada el día 4 de octubre de 1939):

Se iba a construir un Imperio, pero no por vanidad comercial y pirata; Imperio de una virtud y de un ideal: eso fue lo que se había ido a imponer a América. Se iba a ordenar aquello que era oscuridad; a convertir el canibalismo en claridad hacia Dios, como en la tarea que proponen los letreros de vuestras calles: Por el Imperio hacia Dios. Esa era la fuerza de los conquistadores. No se iba por un Imperio de España, sino por un Imperio de la hispanidad. No iba a imponerse, sino a imponer su espíritu, que ahí está la gran diferencia entre el Imperio e imperialismo. (Cuadra, *La hispanidad y los anhelos*)

El compromiso que la hispanidad había forjado desde entonces debía hacerse extensivo al siglo xx. Maeztu se interrogaba: «La Roma de Mussolini está volviendo a ser uno de los centros nodales del mundo. ¿No han de hacer algo parecido por nosotros las viejas piedras de la hispanidad?» (Maeztu 215). La cuestión formulada por el escritor vasco recibe una nueva hechura en las palabras del nicaragüense: «La pregunta es: “si la hispanidad que estaba destinada a producir la solución cristiana integral frente al comunismo, la ha producido o no; o si la está produciendo o no”» (Cuadra, *Sobre la hispanidad* 12). Esta pregunta, que aparece enfatizada con mayúsculas, planea sobre muchos de los ensayos de Pablo Antonio Cuadra. El destino de la hispanidad se asienta sobre la fuerza de la que hace alarde Hispanoamérica, que a su vez confluye en el cauce de la tradición española, en una historia que se remonta a los Reyes Católicos y cuyos logros suponen una enseñanza a la hora de señalar el rumbo del presente:

Están en Méjico los camisas doradas; revistas como *Lecturas*, que dirige un núcleo intelectual formidable que ha conquistado a los antiguos intelectuales conservadores y los ha hecho integrarse en la Tradición. En Guatemala y en El Salvador hay movimientos políticos que también sienten que el único medio de defender el espíritu es la «defensa de la hispanidad». En Nicaragua y Colombia, la Acción Nacionalista dirige una cantidad enorme de revistas y publicaciones, y allí, las mujeres organizadas tienen este hermoso lema: «La mujer nacionalista lleva a Cristo en la mano izquierda, porque la derecha la ha levantado para saludarle». En Argentina está el movimiento de restauración, la Acción Nacional Fascista; en Uruguay, la Acción Uruguaya Nacional Sindicalista. Y en el Perú está la Nueva Guardia y las Juventudes Católicas, embebidos en la obra de Maeztu, discípulos suyos, y haciendo lo que él hizo en Acción Española. Todos bajo el aliento de las Juventudes Imperiales de España. Y en todos, los mismos símbolos. Nosotros arrancamos de la bandera de los Conquistadores la Cruz de Santiago; en el Sur, la Cruz de Calatrava; los colombianos, una Cruz con la efigie de Bolívar; más allá, la Cruz de la Conquista. Todos por la Fuerza al servicio de la Cruz. Son los ideales de Felipe II, de Isabel y de Carlos. (Cuadra, *La hispanidad y los anhelos*)

En Nicaragua, la defensa del Imperio español por parte de los sectores más tradicionalistas provocó una respuesta airada en la prensa

progresista. Juan Ramón Avilés, director de *La Noticia*, lanzaba el siguiente desafío: «¿Otra vez colonia española, señores reaccionarios?» (Lobato 229). La defensa de la hispanidad suponía para muchos una agresión a la independencia nacional, asunto para el que Nicaragua se encontraba especialmente sensibilizada por la prolongada injerencia estadounidense. Sin embargo, los intelectuales que apostaron por la hispanidad como respuesta a los dilemas políticos del momento no parecieron percibir semejante conflicto: «la tradición americana está en el Imperio», asegura Pablo Antonio Cuadra, y «la base de nuestro ser americano solo tiene un nombre: defensa de la hispanidad» (Cuadra, *La hispanidad y los anhelos*). También Maeztu había resaltado cómo el ahondamiento en la nacionalidad propia no podría nunca realizarse alejándose de lo hispano: «Los argentinos han de ser más argentinos; los chilenos, más chilenos; los cubanos, más cubanos. Y no lo conseguirán si no son al mismo tiempo más hispánicos, porque la Argentina y Chile y Cuba son sus tierras, pero la hispanidad es su común espíritu [...]» (Maeztu 223). Pablo Antonio Cuadra, además, incorpora la dimensión indígena a la identidad nicaragüense, como puede comprobarse en su «Nicaragua en la hispanidad», perteneciente al volumen colectivo titulado *Ideas sobre la hispanidad*:

Yo quiero hablar esta noche de eso que llamamos hispanidad desde el revés de la trama. Estoy hablando español, pertenezco a una galaxia cultural hispano-americana, pero hay un indio en mí cuya procesión me anda por dentro, que también mira la historia con sus ojos: [...] y me explotó el español luego y luego me defendió, y una vez me quitó de lo mío y otra me dio de lo suyo, y estoy inventariando lo que gané y lo que perdí, lo que tenía y lo que fui adquiriendo, y escalo los años y los siglos y voy haciéndome español porque soy indio, pero al mismo tiempo noto que soy español y que me estoy haciendo indio y que mi cultura –la cultura nicaragüense–, es el resultado de una fusión y que esa fusión a medida que va indigenizando al español e hispanizando al indio, va logrando mi definición y mi plenitud de NICARAGÜENSE». (*Ideas* 51-52)

Joaquín Pasos, compañero del grupo Vanguardia, también había celebrado el ascendente indígena en *Misterio indio*, colección de poemas

donde, según Ernesto Cardenal, «se hizo él mismo indio en su poesía para descubrirnos al indio como es por dentro, en el misterio de su ser» (Cardenal 19). Para muchos de los escritores nicaragüenses que revolucionaron las letras de su país en los años veinte y treinta, la afirmación de este componente se sumaba sin resistencia en la búsqueda de lo específicamente nacional. Pero no fue así para todos los pensadores de la hispanidad. Muy al contrario, el mexicano José Vasconcelos considera el remanente indígena un factor de dispersión e indefinición frente a la hermandad que procura la herencia española (51), y alerta del riesgo que conlleva para la identidad nacional una falsa adscripción, fruto de ciertas imposiciones ideológicas:

La amenaza que hoy enfrentamos es la de mayor peligro de cuantas nos han acosado, porque tiende a desvirtuar los valores fundamentales que definen nuestra identidad nacional, al pretender que lo precolombino sea mexicano y lo español postizo. Versión que se transmite a todo México a través de los medios de comunicación, manejados directamente o censurados cabalmente por nuestro gobierno, mismo que nos impone su versión de nuestra historia, valiéndose de libros de texto escolares únicos y obligatorios: todo ello de inconfundible corte marxista. (Vasconcelos 53)

Sin embargo Pablo Antonio Cuadra, que abordó en *El nicaragüense* un detallado estudio del carácter nacional, abre su ensayo con la constatación primero de la condición mestiza de su cultura y, luego, con el descubrimiento en sí mismo de «un ser dual con dos mitades dialogantes y beligerantes» (10). Señala poco después a Rubén Darío como máxima expresión de la dualidad que caracteriza al nicaragüense, basándose para ello en los siguientes versos: «¿Pero qué voy a hacer, si estoy atado al potro / en que, ganado el premio, siempre quiero ser otro, / y en que, dos en mí mismo, triunfa uno de los dos?». De esa división nace la separación, y la fidelidad de Darío a su patria, reconoce Pablo Antonio Cuadra, consiste en abandonarla: «ser de su tiempo es adelantar el tiempo» (Cuadra, *El nicaragüense* 15-17).

Regresemos con ese salto temporal al asunto de la hispanidad, perfilada como respuesta al futuro antes que como un modelo al que ceñirse

del pasado. El propio Pablo Antonio Cuadra asevera que Felipe II o José Antonio Primo de Rivera no están para repetirse sino para continuarse, que la revolución no puede estancarse en una nostalgia estéril (Cuadra, *Sobre la hispanidad* 30). Resulta sorprendente cómo los términos de «revolución» y «reacción» sirvieron a un tiempo en Nicaragua para referirse precisamente al giro que los jóvenes del movimiento de Vanguardia imprimieron en la atmósfera cultural del momento. Cardenal sentencia dicha paradoja en breves líneas: «Aún ahora pocos se aventuran en Nicaragua a mencionar la palabra “reaccionario”, porque después del movimiento revolucionario de los “reaccionarios” la palabra ya no significa nada» (Cardenal 12). En definitiva, esa conjunción de reacción y revolución resume el esfuerzo por proyectar la hispanidad al futuro, por revelar la oportunidad que se brinda al mundo de establecer un nuevo orden. En ambos teóricos de lo hispano, Pablo Antonio Cuadra y Maeztu, se abre un mañana prometedor:

[...] lo maravilloso de esta gloria, con la que de un solo golpe creamos la unidad física del globo, la unidad moral del género humano y la posibilidad de la Historia universal, no está en el pasado, sino en el porvenir, en cuanto marca, lo mismo en lo social que en lo internacional, el derrotero que hemos de seguir en lo futuro para hacer de la Humanidad una sola familia. (Maeztu 205-206)

El auxilio de los poetas

Maeztu reclamaba el favor de la poesía en el propósito de implantar su convicción hispanista: «Si tenemos razón los españoles historicistas, han de venir en auxilio nuestro los poetas». Si en la hispanidad residía la plenitud vital de españoles e hispánicos, decía el escritor español, «tendrán que surgir los poetas que nos orienten con sus palabras mágicas» (Maeztu 226). A esta súplica parecen responder los jóvenes granadinos que, en el campanario de la iglesia de La Merced, se reunían con la intención de fundar una poesía nueva que a la vez devolviera a Nicaragua su verdadera tradición. La labor de estos jóvenes escritores del grupo Vanguardia –José Coronel Urtecho, Luis Alberto Cabrales, Pablo

Antonio Cuadra, Joaquín Pasos y Manolo Cuadra, entre otros— no se limitaba al ámbito de la creación literaria, sino que pretendía una renovación completa del ambiente político y cultural, objetivo al que aspiraban los poetas en la misma época en que Augusto C. Sandino defendía la soberanía nacional contra los norteamericanos. La impronta del nacionalismo, como cabía esperar, resultó sobresaliente en su producción. Por otra parte, el apoyo inicial del grupo a Anastasio Somoza García fue con el tiempo transformándose para muchos de sus integrantes en abierto enfrentamiento con la dictadura. No obstante, la sublevación militar española de julio de 1936 y la posterior contienda desataron entre ellos una entusiasta adhesión al bando nacionalista. La guerra civil, como en tantos otros países hispanoamericanos, iba a ser interpretada en clave nacional. Pablo Antonio Cuadra compendia en el siguiente párrafo la historia del movimiento vanguardista, el ardor nacionalista en literatura y el hallazgo de la relevancia del imperio español. Todo ello cobraba su verdadero sentido con el pronunciamiento militar, aglutinador también del impulso reaccionario hispanoamericano:

Hay, pues, en toda América un anhelo continental de unidad, cuya verdad es esta espontaneidad que digo. Nosotros comenzamos el movimiento en Nicaragua el año 29, cuando, apenas colegiales, buscábamos una corriente literaria que diera a Nicaragua su poesía propia. Entonces nos dimos cuenta de que en el único momento en que Nicaragua había tenido una poesía folklórica, era en el tiempo del Imperio. Con ese hallazgo acudimos a la Historia, y observamos también que la única era de paz fue el Imperio. Proclamamos esta verdad y la hicimos bandera de un movimiento político. Entonces nos conectamos con el resto de América y con España, y vimos que también estaban llegando al mismo descubrimiento. Y al producirse el Alzamiento Nacional español, todos sienten al unísono y se agrupan en este vasto movimiento continental [...].
(Cuadra, *La hispanidad y los anhelos*)

La guerra civil española se erigió para algunos de los intelectuales nicaragüenses más conservadores en la punta de lanza de esta amplia corriente. Tal es el caso de Azarías H. Pallais, sacerdote y poeta que ostentaba el cargo de capellán del Movimiento de Vanguardia. Referencia fundamental para los jovencísimos miembros del grupo, a

los que aventajaba en edad, su «Oda a Franco» expone los ingredientes habituales en este tipo de textos: figuras históricas como el Cid, don Pelayo o doña Isabel aparecen acompañadas por los héroes del bando nacionalista; frente a todos ellos, un peligro ininterrumpido que incluye desde la media luna musulmana y la masonería hasta la presencia «roja» del momento. El enfrentamiento entre Satanás —«ruso, mejicano, banquero, / masón, judío, titiritero»— y Dios sintetiza el alcance de la contienda localizada en España:

I

Como en los Salmos de David,
con vuestros oídos, oíd:
Anda, entre nosotros, el Cid.

II

Por el Cid de buena fortuna,
pagó sus cuentas de una, en una,
el tigre de la Media Luna.

III

Resplandecieron como el rayo
de Dios, con el Cid, a caballo,
los valientes de Don Pelayo.

IV

Ya se acabó la tiranía
roja, de la masonería,
en los dominios de María.

V

Santísima. Quiero gritar,
Oh cielos, oh tierra, oh mar:
Viva la Virgen del Pilar.

VI

Salado! Las Navas! Toledo!
En tres páginas, el denuedo
de los tres Alfonsos Sin Miedo.

VII

Es florecida rama del
puro, legítimo laurel,
Castilla por Doña Isabel.

VIII

Satanás vino, cizañero,
ruso, mejicano, banquero,
masón, judío, titiritero...

IX

Y supo mantenerse fiel,
en los rangos de San Miguel,
Castilla de Doña Isabel.

X

Eso fue todo, caballero
Franco, servidor hazañero
de mi Príncipe Mañanero.

XI

Aranda en Oviedo. Diamantes
de Píndaro, son los instantes
del epinicio, resonantes.

XII

Moscardó en Toledo. Por esta
eficacia de su protesta,
volvemos al Cantar de Gesta,

XIII

de Bayardos Sin Tacha, cuando
s'estremecía resonando,
el limpio clarín de Rolando.

XIV

Mártir de Mártires, se inmola,
para que salve l'española
tierra, sus relicarios, Mola.

XV

Y sabe mantenerse fiel,
en las filas de San Miguel,
Castilla de Doña Isabel.

XVI

Eso fue todo, caballero
Franco, servidor hazañero
de mi Príncipe Mañanero.

XVII

Pues, Dios lo quiere! tu Odisea
será, contra viento y marea,
arco de triunfos, así sea!

XVIII

Pronto, con Salmos de David,
te saludaremos, oh Cid,
en Barcelona y en Madrid. (Pallais)

Por su parte, Luis Alberto Cabrales exhibió un conservadurismo sin evolución que le atrajo, según estima Daniel Rodríguez Moya en la semblanza que le dedica, el rechazo de generaciones posteriores (Rodríguez 139). Su contribución a la literatura sobre la guerra civil española la ubicamos en *Ópera parva*, en concreto en la «Oda a los proletarios de Hispanoamérica». La vertiente explorada en este caso difiere un tanto de la hispana mostrada por Pallais, como se aprecia en la mención de la explotación del petróleo, el caucho o el banano. El Imperio al que se alude no es el antiguo español, sino el derivado de un poder enemigo impuesto por otras razas, que ha sumido al pueblo en la esclavitud y la pobreza. La España eterna y el Ebro –caracterizados como «nuestra» y «maternal» respectivamente– devuelven la esperanza en la libertad, un sol que, según anuncian los versos, no se pondrá jamás:

Proletarios, camaradas de la América nuestra;
levantad el rostro caído en las charcas del petróleo;
alza las manos frías
en las fiebres del caucho y del banano;
abrid las ciegas y marchitas pupilas
en las tinieblas del oro;
erguid los torsos doblegados
en las selvas podridas, en los húmedos campos del salitre.

Vosotros, hermanos,
esclavos alimentados de miseria,
que soportáis sobre los hombros
las bases del Imperio enemigo.
Vosotros, que lloráis para que canten
las bocas de otras razas;
de sujetados pies, para la danza de los amos lejanos;
de estómagos vacíos, para los banquetes de Chicago y Londres.

Y vosotras, hermanas, madres,
de vientres eternamente abiertos
sobre las tierras de los cementerios;
donantes incansables
que frutecéis para muerte y epidemia;
en faena perenne
para que otros niños rían y los vuestros mueran,
para que las matrices en huelga
den su corazón a los gatos y a los perros.

Hermanos, hermanas, proletarios de América nuestra,
oíd, oíd. Ya se oyen contra la tierra de nuestros caminos;
ya viene sobre el viento de los horizontes,
ya viene con el olor y el rumor de las aguas oceánicas,
el grito del Pan Nuestro,
el clamor de nuestra justicia.

De la vieja Castilla, de nuestra España incansable y eterna,
suben libres, inéditos,
los cantos para vuestras lenguas dormidas.
Del Ebro maternal
llega, acompañado llega,
el eco del paso de los tercios.
Se acerca, instante por instante, llega el momento,
de alzar los brazos libres,
de alzar los cantos libres, de abrir los vientres libres.
Ya viene, arcángélica,
la espada de la Justicia nuestra;
el aroma dorado
del pan de nuestras casas nuestras.
En pie, diestras en alto,
hacia la mar salada,
hacia el sol del nuestro que ya sube,
meridiano, sin sombra que ya sube,
meridiano, sin sombra ni poniente. (Cabralés 73-74)

También Joaquín Pasos, que murió tan joven, hizo su homenaje a España en «Herida de sangre. Pregón». Este poema, en cambio, aparece despojado de alusiones políticas o históricas, y más bien se concentra en la necesidad hiperbólica de nombrar al país en guerra: «Cincuenta veces España / he dicho, madre. / Cincuenta veces España / dice mi sangre. / Carne española sangre, madre, / sangre mía, / que ya la savia del plátano / da flores de Andalucía». La identificación con España se consume en la carne y en la herida cuya sangre fluye desde Nicaragua y florece en el sur de la península. Esta sangre parece referirse al componente esencial común de ambas orillas, como si el concepto de hispanidad que Pablo Antonio Cuadra tratara teóricamente se tradujera aquí simbólicamente en fluido vital: «Vamos sangrando a la playa, / vamos sangrando a la mar, / a encontrar gente de España / con quien podamos gritar: / España, cincuenta veces España, / cincuenta veces más». Además, la sangre repetida resulta vulnerada por los tremendos acontecimientos: «El grito está herido, madre, / herida estará mi sangre. / Sangre española es sangre, madre, / sangre mía: / sobre las hojas de plátano, / claveles de Andalucía». La unión final en el mar recuerda el reencuentro que gracias a la guerra civil tuvo Hispanoamérica con España, después de décadas de distancia: «Va corriendo nuestra sangre, madre, / va corriendo hacia la mar, / a encontrar sangre de España / y a gritar: / España, cincuenta veces España, / ¡cincuenta veces más!» (Pasos 138).

Joaquín Pasos, Pallais y Cabrales no fueron los únicos autores nicaragüenses que escribieron sobre la guerra civil; pero, sin duda, el amparo a los nacionalistas españoles encontró en el grupo de Vanguardia una expresión excepcional. La respuesta al conflicto español se enriquece con los ensayos de Pablo Antonio Cuadra, quien traba su visión de la historia de España e Hispanoamérica –influida en muchos aspectos por la de Ramiro de Maeztu– con el presente de su país mediante el énfasis en la hispanidad. Su propuesta, además, da espesor teórico a un nacionalismo que ocupa el primer plano en la atmósfera cultural de los años veinte y treinta en Nicaragua. Así, Pablo Antonio Cuadra ofrece con la hispanidad una posibilidad de salvación, la solución que ya vaticinara otro nicaragüense de vocación universal:

Y sobre esta verdad, que es la de salvar al mundo, necesitamos comunicarnos, unirnos, alentarnos, oír, en una palabra, la voz de aquel gran poeta, también nicaragüense, nuestro Profeta Rubén: «Únanse, brillen, secúndense tantos vi-gores dispersos; / Formen todos un solo haz de energía ecuménica. / Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas...» (Cuadra, *La hispanidad y los anhelos*).

Bibliografía

- CABRALES, Luis Alberto. «Oda a los proletarios de Hispanoamérica». *Ópera par-va*. Managua, ANE-CNE-NORAD, 2001, pp. 73-74.
- CARDENAL, Ernesto. «Joaquín Pasos». Prólogo a Joaquín Pasos, *Poemas de un joven*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 7-20.
- CUADRA, Pablo Antonio.
La hispanidad y los anhelos de América (conferencia pronunciada el día 4 de octubre de 1939). Valencia, Ediciones Prensa y Propaganda, 1939.
Sobre la hispanidad y su zozobra. [s. l.], Frente de Juventudes, Departamento Nacional de Propaganda, imp.1948.
«Nicaragua en la hispanidad». En VV.AA., *Ideas sobre la hispanidad*. Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, 1969, pp. 51-60.
El nicaragüense. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1969.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. «Ramiro de Maeztu: las Américas». En Antonio Cañellas (coord.), *América y la hispanidad. Historia de un fenómeno cultural*. Pamplona, EUNSA (Ediciones de la Universidad de Navarra), 2011, pp. 95-121.
- LOBATO BLANCO, Luis-Alfredo. «Controversia ideológica sobre la idea de hispanidad y guerra civil española. Nicaragua (1936-1944)». *Norba. Revista de Historia*, 15. Cáceres, 2001: 227-236.
- MAEZTU, Ramiro de. *Defensa de la hispanidad*. Madrid, Homo Legens, 2005.
- OLIVA MEDINA, Mario. *España desde lejos: intelectuales y letras centroamericanas sobre la guerra civil española (1931-1953)*. San José de Costa Rica, EUNED, 2011.
- «Manifiesto de la juventud y de la intelectualidad nicaragüense a favor de la Revolución Nacional Española.» *Nueva España*, Guayaquil, 1, 18, 31 de mayo de 1938.
- PALLAIS, Azarías H. «Oda a Franco». *La Phalange*, 27, 15 de febrero de 1938, pp. 47-49.

- PASOS, Joaquín. *Poemas de un joven*. Prólogo de Ernesto Cardenal. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1962.
- REYES MATHEUS, Xavier. «Hispanidad, nacionalismo, caudillismo: ¿una relación triangular?». En Antonio Cañellas (coord.), *América y la hispanidad. Historia de un fenómeno cultural*. Pamplona, EUNSA (Ediciones de la Universidad de Navarra), 2011, pp. 123-135.
- RODRÍGUEZ MOYA, Daniel. *Poesía nicaragüense: antología esencial*. Madrid, Visor, 2010.
- VASCONCELOS, José Ignacio. *Medio milenio de hispanidad americana*. México, Edamex, 1987.